



LAS
CHICAS
MUERTAS
NO
HABLAN

PERO ESTA ES LA EXCEPCIÓN

Sandra J. Paul

LAS
CHICAS
MUERTAS
NO
HABLAN

PERO ESTA ES LA EXCEPCIÓN

Traducción de Ana Bello

 Editorial El Ateneo

Las chicas muertas no hablan

Título original: *Dead Girls Don't Talk*

© 2023 Sandra J. Paul

© 2023 Hamley Books Publishing

Traductora: Ana Bello

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2025

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200

editorial@elateneco.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de Diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: Sleepy Fox Cover Designs

Armado de interior: Claudia Solari

ISBN 978-950-02-1669-2

1ª edición: septiembre de 2025

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en septiembre de 2025.
Tirada: 3.500 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Paul, Sandra J.

Las chicas muertas no hablan / Sandra J. Paul. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2025.
448 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Ana Bello.

ISBN 978-950-02-1669-2

1. Literatura Infantil y Juvenil. 2. Thriller. 3. Novelas de Suspense. I. Bello, Ana, trad.

II. Título.

CDD 823.9282

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia. De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de otros usos del presente libro.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

¿QUÉ PASARÍA SI, LUEGO DE MORIR, PUDIERAS COMPARTIR TU HISTORIA CON EL RESTO DEL MUNDO?

Esta es la historia de Syl.

Puede que Syl haya muerto, pero aún no se ha ido.

Con la ayuda de una médium *influencer* de las redes sociales, tiene la oportunidad de compartir su historia con el mundo y no la va a dejar pasar. Syl quiere que el mundo sepa lo que ocurrió entre Viola y ella antes de que sea en verdad demasiado tarde. Además, quiere que el mundo sepa acerca de la persona que murió un año antes, a quien amaba más que a su propia vida.

¿Pero está diciendo la verdad Syl? Porque las chicas muertas aún pueden faltar a la verdad. Las chicas muertas aún pueden mentir. Las chicas muertas aún pueden contar historias... ciertas o no.

Siempre hay dos versiones de una historia.

¿Vas a leer primero la versión que Syl tiene de lo que pasó? ¿O prefieres empezar con la versión de Viola? Si eliges la versión de Syl, por favor, sigue leyendo. Si prefieres comenzar con la versión de Viola, por favor, da vuelta este libro y empieza a leer allí.

De todos modos, finalmente descubrirás en el medio de este libro lo que en realidad sucedió.

Elijas lo que elijas, la verdad saldrá a la luz.

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO SENSIBLE

En *Las chicas muertas no hablan* se mencionan las siguientes situaciones:

- Escenas gráficas que describen un accidente automovilístico.
- Descripciones gráficas de una persona muerta.
- *Ghosting* (interrupción repentina de la comunicación entre una persona y otra sin aviso previo ni explicaciones) y *gaslighting* (manipulación psicológica).
- Breves menciones del posible suicidio de un personaje secundario.
- Menciones de creencias paranormales y espirituales.
- Abuso de drogas y alcoholismo.
- Una relación LGTBQIA+ sin contenido explícito.
- Menciones de discriminación hacia personas y la comunidad LGTBQIA+.

Esta historia abordará esos temas de manera sutil. La autora no tiene la intención de perturbar ni perjudicar a los lectores. Las conversaciones que podrían resultar ofensivas se dan entre dos personajes del libro y no son la opinión de la autora.

Todas las relaciones, tanto heterosexuales como LGTBQIA+, se tratan con igualdad y respeto, pero, tal como se ha mencionado más arriba, pueden tratarse de diferente manera en ocasiones dentro de la historia.

Si hay algo de esto que no te agrada, por favor, no leas este libro.

Si alguno de estos temas puede afectarte de alguna manera, por favor, ten en cuenta lo dicho anteriormente. Si necesitas ayuda en relación con alguno de estos temas, por favor, busca ayuda cerca de donde vives.

PRÓLOGO

Qué desastre. Este es un verdadero desastre.

El auto de Viola yace destruido junto al árbol, que se partió al medio. Su hermoso Toyota nuevo quedó en un estado imposible de reparar, arruinado, destrozado, hecho trizas. La verdad, qué curioso que el metal y el vidrio puedan crear semejante obra de arte.

El auto está destruido, como yo. En cuanto tomé conciencia de lo que había pasado, pude sentir que esto estaba mal, absoluta y horrorosamente mal. Teniendo en cuenta el auto y mi propio cuerpo, sé que no me equivoco acerca de la gravedad de mi situación.

Muerta. YO. ESTOY. MUERTA. Diecisiete para dieciocho, y hecha trizas, destrozada. Un cuerpo que no tiene arreglo. Me mataron y me dejaron en ese auto.

Y Viola desapareció.

LA CHICA MUERTA SENTADA EN LA SILLA DE SIEMPRE

Annie Jones se sienta en el mismo sofá cómodo que yo solía usar dos veces por semana cuando aún estaba viva. Me sorprende que esté allí. Suele usar la silla que se encuentra del otro lado de la mesa ratona con el tapizado desgastado y los resortes que crujen al sentarse. Hace un pequeño saludo con la mano a la silla, aunque no pueda verme.

—Me parece bien que te sientes ahí.

Tomo asiento. Los resortes no crujen cuando lo hago, y el tapizado no se hunde bajo mi inexistente peso. No siento la tela ni toco realmente la silla. No puedo. Aun así, es cómodo estar aquí, en esta sala que me resulta familiar, con Annie como mi única conexión con lo que dejé atrás.

Annie pone una pesada lámpara de pie sobre la alfombra y la coloca de manera tal que ilumina el área alrededor de la silla. No parpadeo; la luz no me molesta. Es como si ni siquiera existiera.

—Ahora sí —dice—. Mucho mejor. Ahora puedo verte.

—¿En serio? —pregunto, sorprendida.

—Sí, no lo puedo explicar, pero ahora puedo vislumbrarte. Veo algo vago, como si fueras una sombra de colores. Sé que no estás ahí en realidad, o al menos no en tu forma física, pero es como si pudiera ver tu alma.

—Raro.

—Lo es.

—¿No tienes miedo? —pregunto con curiosidad—. Después de todo, soy la prueba de que tu habilidad existe.

—No. Yo jamás lo dudé, y sabes que tengo algo de experiencia en situaciones como esta.

—Sí, y creo que el hecho de que estemos aquí en esta extraña situación también es la prueba de eso.

Annie sirve un vaso de agua de la botella que se encuentra sobre la mesa ratona, pero no lo bebe. Claramente está nerviosa, aunque intente ocultármelo. Si yo fuera ella, también lo estaría. Sin duda lo estaba hace nueve meses, cuando entré por primera vez a esta sala para pedirle ayuda. Antes, solo había visto partes de su hogar en Instagram, donde ella comparte libremente fotos y videos de su estilo de vida.

Aquel día hace nueve meses me llamó la atención la silla chueca en la que estoy sentada ahora, porque parecía fuera de lugar en su casa moderna y renovada. No combinaba en absoluto con el resto de los objetos cuidadosamente seleccionados, a menos que fuera algún tipo de declaración sobre la combinación de lo antiguo con lo nuevo. La casa de Annie tiene paredes blancas y techos altos, con cortinas coloridas que se destacan contra el blanco inmaculado y caen del techo a la pared sin un mínimo pliegue. Se podría comer directamente del suelo, formado por baldosas color beige.

Ningún objeto parece fuera de lugar. Incluso los libros en los estantes son elecciones deliberadas, pero no del tipo de lecturas que una persona promedio elegiría. Hay textos de ciencia y psicología entrelazados con ediciones raras de autores clásicos. Todos están organizados por género y luego por color. Si aún pudiera, apostararía mi vida a que no he leído ninguno de ellos.

Ser *influencer* de las redes sociales y escritora le da mucho dinero, pero no la calidez que yo solía desear cuando conectaba con las personas. Nunca conecté con ella, ni una sola vez, pero aun así volvía como una polilla atraída por la llama. Este es un lugar frío, como ella. A decir verdad, ella es la única a quien puedo acudir ahora, así que estamos atrapadas.

Annie Jones nació y creció en Love Hill, como yo, y es un producto típico del comportamiento frío y carente de emociones de este pueblo. No necesita trabajar si no lo desea. Tiene mucho dinero desde siempre y una gran ambición, y no le da miedo presumirlos. Como *influencer*, lleva una vida pública ostentosa: sus fervientes seguidores aceptan cada palabra que dice, y los patrocinadores le pagan por mostrarse así.

Escribió un par de libros sobre lo paranormal, a partir de experiencias propias, que —supongo— ahora puedo confirmar que son ciertas. En nuestras charlas previas siempre le había cuestionado sus capacidades y la veía más como una mentalista que observaba a las personas y usaba el dolor que sentían en su contra. Pero, a decir verdad, siempre ha defendido sus convicciones. Mantiene debates en línea cada semana con personas que creen en lo paranormal, que creen que hay espíritus entre nosotros, personas que apoyan sus convicciones y relatos acerca de sus propias experiencias.

Nadie se atreve a burlarse abiertamente de Annie Jones. Es demasiado popular. Sobre todo, tiene un enorme bagaje emocional que la hace aún más querible para el mundo exterior. La gente ama un buen drama, y si alguien tan joven como ella, de apenas veintiséis años, ha perdido a todos sus seres queridos, la sociedad va a abrazarla, sin importar lo que diga.

Durante esos nueve meses que vine a su casa cada semana, Annie se convirtió en mi mentora en medio de la locura de mi propia existencia. Fue mi confidente durante el viaje psicológico que me llevó a atravesar mi propia zona de conflicto. Para ser honesta, no fue de gran ayuda, pero fue algo. Nunca confié en ella y jamás pude sacarme de encima la sensación de que solo estaba esperando que yo contara mi historia para luego usarla para su propio beneficio.

Pero en esa silla chueca hubo algo que me atrajo y se convirtió en la razón por la que siempre volví a esta casa, a esta sala. Aún hoy no puedo explicar lo que sentí. Annie vio cómo miraba la silla fijamente y me sonrió mientras pasaba la mano sobre la madera. Fue un gesto tierno, como si amara esa silla más que a la vida misma.

—Nunca voy a deshacerme de esta cosa —dijo.

—¿Por qué? —pregunté, y mi voz sonó rota y desgastada, como la silla.

—Porque era de mi hermana. Aún la usa a veces. Le gusta apoyar los pies sobre la mesa ratona, aunque siempre le diga que no lo haga, que no la crie así.

Las palabras de Annie tuvieron un profundo impacto emocional en mí. Pasé de los escalofríos a una sorprendente aceptación de la extraña situación en la que nos encontrábamos. Ahí estábamos, Annie Jones y

yo, hablando de su hermana muerta como si fuera tan normal aceptar que los muertos aún no se habían ido.

Esa silla es la razón por la cual hoy estoy aquí.

—¿Hablas con ella? —pregunté el primer día.

—Sí.

—¿Y tus padres? ¿También los ves?

—Era demasiado pequeña para darme cuenta de la naturaleza de mi don cuando ellos murieron —dijo Annie, y de pronto no pareció tan fría y distante. Sonaba como si aún estuviera llorando sus pérdidas.

—¿Qué pasó?

—Nada —contestó—. Porque no actué ante las señales que me dieron. No sabía nada de la muerte ni cómo lidiar con ella, así que ignoré todas las señales. Me arrepiento de ello cada día. Mi vida habría sido más fácil, y su muerte, más aceptable.

—¿Y ahora sabes todo sobre la muerte?

—Lo suficiente para comunicarme con mi hermana.

Annie Jones había perdido a sus padres y a su hermana en menos de cuatro años. Sus padres murieron en un accidente en barco, aquí en Love Hill, un estúpido incidente provocado por turistas. Annie tenía dieciocho y se hizo cargo de su hermana, hasta que la niña murió, también en circunstancias trágicas. Se cayó de un árbol cuando tenía tan solo doce años. La gente se vuelve loca por mucho menos, pero Annie recogió los pedazos y siguió adelante, o al menos eso es lo que el mundo exterior veía. Pero sabía que no había seguido con su vida en absoluto, o su hermana no estaría allí todavía.

—¿La extrañas? —pregunté.

—Más de lo que puedo explicar.

—¿Dónde está ahora?

—Oh, está sentada junto a ti en el sofá.

Miré a mi lado, pero no había nada diferente. No podía verla. No sabía cómo hacerlo. Y lamenté no tener el don. Qué no hubiese dado por ver a la persona que perdí, aunque fuera por unos instantes...

Annie sonrió.

—Dice que es lindo verte aquí. Si te incomoda sentarte con ella, podemos ir a otra habitación o puedo pedirle que se vaya.

—Está bien. No me molesta. —Annie sonrió cuando dije eso, y sus ojos se fijaron en un punto a mi lado.

—Pregunta por qué no le temes.

—No lo sé —reconocí.

—Tu mente está abierta para esto, lo sé. Es interesante. No estás fingiendo tu falta de miedo.

—¿Por qué debería tener miedo?

—Tienes razón; no hay por qué tener miedo. Además, no va a estar cerca mucho tiempo más. Por fin está desapareciendo.

—¿Qué quieres decir?

—Llegó su hora. Me estuvo haciendo compañía por un tiempo. Ella sentía que yo lo necesitaba, después de todo lo que había pasado. Decía que necesitaba ese consuelo extra, y me ha enseñado a comunicarme con los espíritus. Pero ahora que estoy bien y puedo valerme por mí misma, se irá. Ya es hora; está cansada.

—¿Entonces nada de lo que dijiste en tus redes era fingido? —sol-té—. Para ser sincera, siempre creí que era todo una mentira.

Annie se rio.

—No.

—Eres una canalizadora, ¿verdad? Recibes mensajes de los muertos. Esta vez Annie no rio.

—Si crees en eso, entonces sí, tal vez lo soy. O al menos podría serlo si se trata de mi hermana, porque hasta ahora ella es la única que puedo ver. Sí los siento, y estoy esperando el momento en que alguien más pueda comunicarse conmigo. Si ese momento alguna vez llega.

Annie se inclinó hacia delante, puso gentilmente una mano sobre mi muñeca y me miró con la preocupación de una madre, aunque, en realidad, no tenía muchos más años que yo.

—No estoy segura de que esto vaya a funcionar. Eres la primera persona en entrar a mi casa rogando que la ayude. Nunca lo hice, así que discúlpame si no llega a funcionar.

—No tengo nada más que perder —contesté—. Hagámoslo.

Solo volvimos a hablar de su hermana una vez más, varias semanas más tarde, cuando me dijo que ella ya no estaba. Estaba triste por eso.

Me di cuenta de que Annie no me caía bien. Era una oportunista de corazón frío, una entrometida con ganas de alimentarse de mi tristeza y mi desesperación. Hablaba de mí en sus redes sociales, sin dar mi nombre, pero todos en el pueblo sabían que se refería a mí.



Había renunciado a Annie hacía un mes, después de una discusión. Le dije que se fuera al diablo y cerré la puerta de esa misma sala. Juré que no regresaría... Y aquí estoy ahora, sentada en el lugar de su hermana. Qué irónico.

—¿Estás bien? —pregunta Annie, y sonrío con tristeza—. Supongo que es una pregunta tonta para hacerle a una chica muerta. Lo que quise decir es...

—¿Cómo estoy tomando lo de haber muerto?

Annie sonrío.

—Sí, supongo que eso es lo que quería preguntarte. Es una pregunta rara, lo sé.

—Creo que estoy bien. En realidad, no lo sé. Es la primera vez que muero. No tengo referencias ni nada. No hay vuelta atrás, eso seguro. No tengo nada a lo que volver. Mi cuerpo ya no está.

Aun si todo esto fuera de cierto modo pasajero y estuviera destinada a volver a mi antigua forma humana, no podría hacerlo. Es como si jamás hubiese existido, y es extraño pensar que pronto también desapareceré de esta habitación. La desaparición que Annie mencionó ya ha comenzado. Puedo sentirlo; es lo único que realmente puedo sentir, una advertencia de que no estaré aquí mucho tiempo más, como le pasó a su hermana. Lo que sea que me mantiene aquí ya ha empezado a alejarme también.

—¿Por qué estás aquí, Syl?

—Tampoco lo sé.

Pienso en Viola y sé que lo que digo es mentira. Estoy aquí por ella.

—¿Syl?

—Por Viola, supongo —dejé escapar.

—¿Viniste a verme porque necesitas encontrarla?

Negué con la cabeza.

—No, ya sé dónde está. No podré comunicarme con ella. Está fuera de mi alcance.

—¿Sabes dónde está? —dice Annie sorprendida—. Todo el mundo la está buscando. ¿Puedes ayudar?

—No —digo—. No me corresponde encontrarla. No tengo tiempo para eso.

—Entonces, ¿por qué viniste a verme?

—Ya sabes por qué. Eres la única a la que puedo hablarle.

—¿Quieres que les transmita algún mensaje a tus padres?

Pienso en esa pregunta.

—No.

—Entonces, tal vez solo sientes la necesidad de contarme tu historia. Quizás sea eso lo que te hace falta hacer para seguir adelante.

—¿Qué hay para contar? —digo encogiéndome de hombros—. Morí esta noche. Me mataron en un accidente de auto. Tú estabas ahí, me viste muerta, y aun así sigo aquí. ¿Por qué crees que está pasando? ¿Por qué sigo aquí?

—Porque tienes asuntos pendientes que resolver —contesta.

—¿No es un cliché?

—No lo sé —responde Annie—. ¿Por qué otra razón los muertos seguirían vagando, si no fuera para contar su historia?

—¿Qué sentido tendría eso? No me devolvería la vida.

—Pero podría aliviar el dolor que sientes en este momento.

Eso es cierto, creo.

Annie se recuesta hacia atrás.

—Bueno, obviamente hay una razón por la que sigues aquí, y no tenemos mucho tiempo, así que empecemos. Comencemos por el principio.

—¿Y dónde sería eso? —pregunto.

—Tu cuento de hadas.

—¿Mi... cuento de hadas?

—Sí, la historia de Syl y Viola. La que todos en el pueblo creen.

Suelto una risa.

—No sé si la llamaría “cuento de hadas”. Lo era cuando yo era una niña ingenua.

—¿Y has crecido desde entonces?

—Sí, por desgracia.

Annie garabatea en su anotador.

—De acuerdo. Entonces, hablemos de esta noche. ¿Por qué hizo lo que hizo?

—¿Te refieres a por qué me mató?

—¿Ella te mató? —pregunta Annie—. ¿Es eso lo que quieres decir? Porque en este momento nadie sabe con certeza qué pasó en ese auto. Hay quienes creen que tú estabas detrás del volante.

—No lo estaba. Ella movió mi cuerpo. —Annie frunce el ceño—. ¿Por qué te mentaría? —refuerzo—. No es como si pudieran castigarme por haberlo hecho. Ya estoy muerta. Ella conducía ese auto, pero no sé si lo hizo a propósito. Lo que sí sé es que me abandonó cuando el auto chocó, y eso duele más.

—¿Y aun así no sientes nada? ¿Nada de ira? ¿Nada de odio hacia ella?

—No. No me quedan emociones. Murieron conmigo.

—¿Sabes qué razón podría haber tenido para haberte dejado?

—Sí.

—¿Tienes ganas de compartir eso conmigo?

Me incliné hacia delante.

—¿Quieres escuchar todo el cuento de hadas, aunque se vuelva oscuro? ¿Estás preparada para lo que tengo para decir, aunque no sea lo que quieres oír?

—Sí. Me da curiosidad saber cómo percibes la situación. Quería preguntarte: ¿puedo compartir este relato con el resto del mundo?

—¿Cómo harías eso? —pregunto curiosa.

—Podría grabar todo y subirlo a las redes. Todos enloquecerían.

—¿Por qué querría eso? Ni siquiera podrían verme. Y tú sabes cómo nos separamos. No fue divertido que se burlaran de mí.

Annie no se inmuta.

—La situación es distinta ahora. Lo sabes. Tal vez puedan verte, tal vez no. Quizás solo algunas personas, quizás todas. En todo caso, sería problema mío. Pero esta es tu única chance para dar a conocer tu historia, Syl. Te estoy ofreciendo una oportunidad, pero depende de ti aprovecharla.

—Y que te vuelvas aún más famosa en las redes sociales...

Annie sonríe.

—O que me encierren por hablar con una silla vacía.

—Cierto —digo.

—Mira, Viola sigue allá afuera y ella hizo cosas horribles por las que deberían castigarla. ¿Acaso no quieres eso, no buscas justicia? —Pienso en Viola y no digo nada. Annie se inclina hacia delante, como si quisiera tomarme la mano y recién en ese momento se dio cuenta de que no puede, pero continúa—: Oye, puedes confiar en mí. Ya lo sabes, o no estarías aquí. Tú elegiste aparecerte delante de mí; yo no pedí esto.

—Bueno —accedo, entendiendo que tiene razón en eso—. Grábalo, pero no filmes; eso no tendría sentido. Fíjate qué pasa, si puedes captar

mi voz en la grabación. Toma notas si quieres. Siempre y cuando hagas algo con mi historia más adelante. Solo recuerda que quizá no te crean.

—¿Qué quieres que haga con tu historia?

—Cuéntasela a mis padres. Cuéntasela al mundo.

—Juro que haré lo correcto —dice Annie—. ¿Por qué no empezamos con el accidente y cómo fue para ti cuando te diste cuenta de que habías muerto? Y luego pasamos a lo que ocurrió antes. ¿Eso lo haría más fácil?

Pone su teléfono en un soporte frente a los dos asientos en los que estamos sentadas una frente a la otra. La luz sigue siendo bastante brillante. Annie se asegura de que yo me vea, sea lo que sea que eso signifique para ella.

—¿Lista?

—Lista.

Empieza a grabar nuestra conversación.

—Muy bien —comienzo—. Te contaré todo sobre mi final infeliz.

Cierro los ojos y le cuento la historia de mi muerte y lo que ocurrió después, mientras su teléfono graba mi relato para que el mundo lo escuche algún día.

PARTE UNO

LA BALADA DE LA MUERTE DE SYL JAMESON

*When you're sad and you're lonely
And you haven't got a friend
Just remember
That death is not the end.¹*

NICK CAVE

¹ Cuando estés triste y solo / y no tengas ni un amigo, / solo recuerda / que la muerte no es el fin.